

ALTERACIONES DE LA EXPRESIÓN EMOCIONAL EN EL NIÑO AUTISTA

Julia Folch Schulz

Jaime Iglesias Dorado

Universidad Autónoma de Madrid

1. INTRODUCCION

La presente comunicación parte de los resultados de un número creciente de estudios en los que se destaca que el niño autista presenta importantes alteraciones de la expresión facial de emociones básicas en contextos sociales adecuados y relevantes. Estas alteraciones serían una manifestación más de sus dificultades para establecer y mantener el contacto afectivo con las personas de su entorno. La relevancia de esta dificultad reside en que la expresión emocional juega en el niño normal un papel central en la regulación del contacto interpersonal desde los primeros meses de vida (Bretherton, Fritz, Zahn-Waxler, y Ridgeway, 1986). De hecho, la evidencia empírica sugiere que la expresión facial es más efectiva que las pistas verbales o contextuales para revelar el estado interno emocional del niño (Feldman, White y Lobato, 1982). Por nuestra parte, asumimos que existe un número restringido de emociones básicas innatas, entre los que se incluyen la alegría, la ira, el miedo, la sorpresa, el desagrado y la tristeza (Malatesta e Izard, 1984), pudiendo apreciarse la existencia de expresiones emocionales adecuadas y perfectamente diferenciadas desde los primeros meses de vida y destacando las similitudes entre las expresiones faciales de cada emoción observada en niños normales, niños afectados por el síndrome de Down, y sujetos adultos (Iglesias, Loeches y Serrano, 1989).

De acuerdo con este planteamiento, en la presente comunicación se intentará delimitar las características idiosincrásicas que definen la emoción en el niño autista, para luego describir las alteraciones manifiestas en la expresión emocional durante la interacción social. Por otra parte, se analizará la relevancia de los problemas atencionales asociados a los déficits de la expresión emocional y se ilustrará el papel desempeñado por las figuras de apego en el desarrollo de la expresión emocional en el niño autista (NA). La relevancia de esta revisión reside en que nos podría ayudar a definir en qué medida la expresión emocional refleja las alteraciones del desarrollo socioemocional que presentan estos niños, y en último término, abordar la cuestión de si estas alteraciones son el resultado de una alteración innata y biológicamente determinada para establecer contactos afectivos como señala Kanner (Kanner, 1943). Al mismo tiempo, esta revisión nos permite delimitar las variables relacionadas con las posibles dificultades de expresión emocional de estos niños, lo que es relevante de cara al desarrollo de programas de prevención precoz de alteraciones socioemocionales.

2. LA IDIOSINCRASIA EMOCIONAL DEL NIÑO AUTISTA

Según Kanner (1943) uno de los síntomas más llamativos es la inexpresividad afectiva manifiesta por los NA en sus interacciones con figuras sociales relevantes. Wing (1979) señala posteriormente, a partir de un estudio epidemiológico retrospectivo de detección de variables discriminativas del autismo, que el despliegue afectivo de estos niños se caracteriza, más que por su falta de expresividad, por la presencia de respuestas emocionales anómalas, distintas a las mostradas por niños retrasados o niños con otras alteraciones de la interacción social, entre la que destaca el retraimiento acompañado de rutinas elaboradas y repetitivas. Según Ricks (1979), a esto se añade que las respuestas emocionales dadas por los niños autistas parecen muy idiosincrásicas, tanto en relación al tipo de estímulo que los provoca como a las características que definen su respuesta. Se señala que generalmente sólo los propios padres son capaces de identificar estas respuestas emocionales, desconociéndose si las respuestas conductuales emitidas por estos niños (risa, llanto) implican una respuesta afectiva, por lo que son necesarias evidencias independientes para inferir la existencia del afecto.

En particular, Ando y Yoshimura, (1979) destacan que los NA de 6 a 14 años muestran una mayor proporción de expresiones de miedo que los niños retrasados (NR) de la misma edad mental y que no se observa una disminución de esta proporción en función de la edad. Este estudio presenta la desventaja de no especificar la fuente productora de miedo o las formas de expresión emocional estudiadas. Attwood (1984) indica, al igual que otros autores, que los déficits y las características idiosincrásicas de las expresiones emocionales se manifiestan tanto a nivel facial como vocal y gestual. Esto haría especialmente difícil poder apreciar la cualidad y el grado de respuesta emocional de los NA a las expresiones emocionales de otra persona. Posteriormente, Snow, Hertzig y Shapiro (1987) refieren que en los NA de 1 a 3 años de edad mental, se observa una menor frecuencia de expresión de emociones positivas (sonrisa y risa) que en los NR, manifestándose estas expresiones en contextos sociales no-ajustados y preferentemente en situaciones en los que el niño parece estar centrado en sí mismo, siendo su aparición en contextos sociales adecuados sólo esporádica. Por otra parte, la expresión de emociones negativas es infrecuente en ambos grupos, no apreciándose diferencias en su frecuencia de aparición. Sin embargo, se observa que los NA muestran frente a los NR patrones diferencialmente más negativos con figuras de interacción no-familiares. Estos mismos autores realizan posteriormente un estudio de expresión espontánea de emociones en NA, observándose que los NA entre 1 y 3 años de edad mental muestran menos emociones positivas en combinación con conductas atencionales cuando miran a su madre o a su profesor, que los niños normales (NN) y NR equiparados y utilizados como grupos control, pero que no varía la cantidad total de emociones positivas desplegadas por los NA. Sin embargo, se observa que estos niños exhiben más respuestas negativas y "blends" emocionales incongruentes que los restantes niños. Finalmente, Adrien, Faure y Perrot (1991) observan, en un estudio sobre la utilidad del vídeo doméstico como medio de detección temprana de síntomas autistas, que las expresiones emocionales de placer, sorpresa y miedo en el niño autista están ausentes o son débiles.

En líneas generales, los estudios revisados no nos permiten afirmar la existencia de una alteración básica en la capacidad de expresión facial de emociones básicas en el niño autista. Sin embargo, señalan la dificultad del autista de desplegar su emoción en con-

textos sociales adecuados y relevantes. Conviene entonces recordar las observaciones de Hobson (1986), que indica la dificultad de los niños autistas de una edad mental de diez años para comprender que diferentes señales emocionales pueden servir para transmitir una misma emoción. Si bien estos niños pueden reconocer y volver a identificar determinadas expresiones faciales de emociones, estos niños cometen muchos errores en tareas de emparejamiento complejas en las que no aparece una semejanza perceptiva que ofrezca indicios claros sobre la emoción presente. Esto mismo se observa posteriormente en autistas adultos, por lo que se puede descartar que los resultados obtenidos sean debidos a que el desarrollo en este tipo de sujetos sea más lento (Mc-Donald, Rutter, Howlin, Rios, Le Conteur, Evered y Folstein, 1989). Todo ello nos induce a suponer que las dificultades de expresión emocional observadas en el autista pueden estar relacionadas con déficits en la percepción de situaciones afectivas adecuadas y relevantes. No descartamos que la dificultad para realizar un uso adecuado de las expresiones emocionales básicas pueda repercutir en una alteración de su frecuencia, duración e intensidad las mismas. Estos datos son coherentes con la observación de que las notables dificultades del NA en centrar y mantener la atención, que vienen acompañadas de una baja tasa de contacto ocular y de la fijación visual, pueden actuar como predictores tempranos de estos déficits, especialmente patentes al incrementarse con la edad las exigencias de interacción social espontánea.

3. ALTERACIONES DE LA EXPRESIÓN EMOCIONAL EN EL NIÑO AUTISTA DURANTE LA INTERACCIÓN SOCIAL

Los estudios revisados nos indican que las dificultades del niño autista parecen centrarse en su utilización en contextos sociales relevantes y adecuados. Snow, Hertzig y Shapiro (1987) muestran en un grupo de NA prescolares equiparados con niños con retraso del desarrollo que, aunque los NA muestran una proporción mayor de afectos negativos frente a un extraño, no varía la cantidad de afecto positivo mostrado hacia diferentes personas. Los datos señalan también que frente al NR el NA muestra más afecto positivo durante el juego solitario y en situaciones que, por lo general, no suponen el despliegue de emociones positivas, siendo además menor la cantidad de afecto positivo desplegado en situaciones de interacción. Stone, Lemanek, Fishel, Fernandez y Altmeier; Gillberg y otros (1990) refieren además la existencia de dificultades de imitación en niños autistas, no presentes en los niños retrasados. Esto hace suponer la existencia de un déficit emocional específico básico y temprano sin necesidad de recurrir a variables de tipo más cognitivo. Stone y Lemanek, (1990) confirman estos resultados y observan, que no se constatan diferencias en la expresión de afecto de NA en edad preescolar con familiares, o la manifestación de la risa y la sonrisa frente las alabanza de adulto. Dawson, Hill, Spencer, Galpert y Watson (1990); Kasari, Sigman, Mundy y Yirmiya (1990) especifican que, aunque existen muchas menos diferencias en la expresión de afectos positivos entre NA y NR que lo que se suponía en un principio, cuando los NA niños elicitan la atención o comparten la atención con un extraño, miran menos a adultos en respuesta a juguetes o experiencias que les pueden parecer interesantes, y aun cuando lo hacen, muestran menos afectos positivos que los NN o los NR. Sin embargo, estos niños pueden mostrar expresiones positivas hacia su cuidador en la misma

medida que los niños normales. Los autores especifican que, aunque los NA raramente sonrían en situaciones de atención compartida con establecimiento de contacto ocular o en respuesta a las sonrisas de la madre, esto no implica que la frecuencia y duración de las expresiones emocionales de estos niños no sea semejante a la observada en NN y NR.

A diferencia de los autores anteriores, Stone y Caro-Martinez (1990) muestran que la comunicación espontánea en el NA con una edad cronológica media de 8 años y cuatro meses es un suceso infrecuente. Un 70% de los inicios de comunicación se observan dentro del aula, siendo la forma motora la forma de comunicación más comunmente utilizada y su finalidad la de lograr la atención de un otro, generalmente la del profesor, el comenzar rutinas sociales o la de preguntar. Parece ser que las características de la comunicación pueden variar en función del desarrollo, el nivel cognitivo del niño afectado y la severidad del cuadro autista. Con objeto de detallar con más claridad estos datos, McGee, Feldman y Chernin (1991) observan en un estudio realizado en contexto escolar, que los NA y NN de una edad cronológica media de 4 años no se diferencian en el nivel de expresiones faciales de la emoción mostradas, sino en los contextos situacionales en los que los niños despliegan sus expresiones faciales. Se refiere que los NN suelen mostrar alegría en situaciones que implican a un profesor o a un compañero, siendo escasas las situaciones en las que se observa esta emoción durante el juego solitario. Sin embargo, es frecuente ver al NA mostrar alegría en situaciones de juego solitario pero no en situaciones de interacción con profesores y compañeros. Se constata, por otra parte, que los NN muestran ira en un 80% en situaciones de interacción con compañeros y en un 20% en situaciones de juego solitario, mientras que los NA lo muestran en un 100% en situaciones de interacción con adultos. En general, no se aprecian diferencias contextuales en los dos grupos en lo que respecta a la tristeza, probablemente debido a las escasas situaciones en las que se constató dicha emoción. Finalmente, destaca una considerable variabilidad individual entre los niños autistas con respecto a la congruencia contextual de sus expresiones emocionales. Esta es mayor para la alegría, a continuación para la tristeza, y finalmente para la ira. Hay que señalar la existencia de ciertas limitaciones inherentes a este tipo de estudio. Estas se centran en la existencia de una muestra reducida de NA, la existencia de diferencias sustanciales dentro de la misma y falta de control sobre la naturaleza de las situaciones que ocurren.

Sigman, Kasari, Kwon y Yirmiya (1992) señalan la necesidad de estudiar las respuestas de los NA a las reacciones negativas de un otro. Para ello desarrollan un estudio de escenificación facial, gestual y vocal de las emociones de disgusto, miedo y malestar mostrado por adultos familiares y no-familiares. Se observa en estas tres situaciones, que los NA con una edad mental de dos años miran menos al adulto que los niños con retraso del desarrollo y niños normales pequeños. Tanto los NN como los NR se muestran muy atentos a las expresiones de los adultos. No se constatan diferencias en las expresiones faciales mostradas: la mayoría del tiempo los niños muestran expresiones neutras, durante algunos pocos segundos emociones positivas y durante un par de segundos emociones negativas. Se piensa que las situaciones elegidas fueron poco adecuadas para producir las emociones estudiadas al elicitar fundamentalmente afectos neutros.

Como ya señalaron Dawson y otros en 1990, Kasari y otros, (1993) especifican que los niños con autismo muestran menos peticiones sociales hacia otros y miradas sociales cuando no son guiados en sus interacciones sociales. Los NA parecen en líneas generales menos competentes cuando no cuentan con los beneficios de la intervención de un

adulto, mientras los niños normales y con síndrome de Down parecen más competentes con una baja intervención por parte de su pareja interactiva. Se observa que las parejas interactivas establecen un mayor contacto físico con los NA, y que esto está relacionado con una mejor responsividad por parte de estos niños. También parece que los NA con un mejor desarrollo muestran respuestas más adecuadas con implicación de una pareja, cosa que no se observa en NN y NR. Estos resultados son mucho mejores si la pareja con la que interacciona el NA son los propios padres, aunque estos niños no suelen señalar, indicar o dar un objeto o implicarse de la misma manera con un objeto que los otros niños. Sin embargo, Kasari, Sigman, Baumgartener y Stipek (en prensa) señalan que los NA sonrían menos y se dirigen menos a sus cuidadores cuando éstos les alaban por completar con éxito un puzzle que NR, que muestran la misma cantidad de placer por realizar el puzzle antes de ser alabado, por lo que parece que, a pesar de que los NA pueden beneficiarse de la ayuda de un familiar que guíe la interacción, las estrategias de aprendizaje social utilizados por este tipo de niños pueden ser diferentes a las que aparecen en NR y NN.

Los estudios revisados sobre el uso realizado de las expresiones faciales por parte de los niños autistas en la comunicación emocional, parecen indicar que las dificultades de estos niños se centran en una adecuada coordinación de sus respuestas emocionales con estímulos sociales adecuados y relevantes. Esto se reflejaría en el niño autista pequeño especialmente en sus déficits atencionales y en sus dificultades de imitación de expresiones emocionales. Sin embargo, parece ser que variables como la presencia de una figura interactiva familiar que optimice al menos la frecuencia de aparición de respuestas emocionales espontáneas y/o que ajusta su despliegue emocional a las pautas expresivas idiosincrásicas del niño autista, y la existencia de una adecuada capacidad cognitiva en el niño autista que le permita la adquisición de estrategias de interacción socioafectiva sin necesidad de una verdadera comprensión de su base emocional, pueden disminuir la repercusión de estas alteraciones afectivas en el contexto social.

4. PROBLEMAS ATENCIONALES ASOCIADOS A LAS ALTERACIONES DE LA EXPRESIÓN EMOCIONAL EN EL NIÑO AUTISTA

El autismo infantil es una alteración del desarrollo cuyo origen se considera multicausal. La presencia específica de alteraciones en la expresión facial de las emociones es considerada por muchos autores un indicador de apoyo para suponer la existencia de alteraciones en el procesamiento de información afectiva, debido a alteraciones en el sistema límbico y sus estructuras asociadas (por ej. Gillberg).

En un inicio, múltiples estudios plantearon la posibilidad de que el niño autista evitaba conscientemente toda interacción afectiva, y con ello el contacto visual y la consiguiente comunicación no-verbal a través de la expresión facial. Ando y Yoshimura (1979) son de los primeros autores que aprecian la falta de contacto ocular en el niño autista cuando éste se compara con NR entre 6 y 14 años de la misma edad cronológica. Pero ya en 1978 Langdell indica en un estudio comparativo de identificación de compañeros de clase, que los niños autistas no evitan el contacto ocular con un otro.

Posteriormente, Weeks y Hobson (1987) señalan en un estudio descriptivo sobre la saliencia de expresiones faciales frente a estímulos no emocionales, que los niños autis-

tas parecen mostrar la incapacidad de percibir contrastes perceptuales finos más que existir evitación de información afectiva de carácter social. Según estos autores, se trataría de una incapacidad biológicamente determinada de atención y respuesta emocional a las características corporales y, con ello, a las expresiones faciales. Phillips y otros (1992) muestran que los NA se fijan poco en todo tipo de estímulos, tanto si éstos se refieren a personas como si se trata de objetos; sin embargo se precisa, que estos niños, igual que ocurre en los niños no-autistas, atienden más a las caras que a las no-caras, por lo que no se puede afirmar que estos niños eviten el contacto ocular. Este estudio tampoco observa la evitación de contacto ocular cuando se les indica a los niños expresamente que miren a una cara. En vista a estos resultados y la restante información disponible, Phillips llega a la conclusión de que los NA simplemente no utilizan el contacto ocular con la misma finalidad que un niño normal o retrasado de la misma edad mental. Sin embargo, Sigman, Kasari, Kwon y Yirmiya (1992) señalan que los NA con una edad mental de dos años prestan poca atención a las expresiones emocionales positivas y negativas de un adulto, independientemente de su grado de familiaridad del mismo. Los autores hipotetizan que estos niños aprenden a actuar así, probablemente debido a que este tipo de expresiones no resultan informativas para ellos, aunque no pueden precisar porqué es así.

En un intento por explicar estos resultados, Tantam, Monaghan, Nicholson y Stirling (1989) (véase también Weeks y Hobson, 1987; Hobson, Ouston y Lee, 1988) concluyen a través de tareas de discriminación y etiquetación de identidades, expresiones de emociones básicas y objetos a partir de fotos completas e incompletas, que probablemente existe una alteración específica de la percepción de expresiones emocionales en el niño autista y que se presentan diferencias cualitativas en las estrategias utilizadas por los autistas para reconocer emociones y posiblemente el sexo y la identidad de las personas representadas, siendo estas estrategias diferentes a las empleadas para reconocer objetos.

Se constata que factores como la inteligencia verbal, la falta de atención, un tiempo de fijación menor o la falta de comprensión de la situación de test no pueden explicar los resultados obtenidos. Los resultados de estos autores y autores precedentes señalan la posible existencia de un déficit de percepción de características propias del ser humano y la posible utilización y eficacia de una estrategia perceptiva no-emocional para la resolución de este tipo de tareas por parte de ciertos niños autistas (Braverman, Fein, Lucci y Waterhouse, 1989; Tantam y otros, 1989). En un estudio anterior, Hobson (1986) ya había señalado que los NA tienen dificultades específicas para reconocer cómo diferentes expresiones de una emoción particular están asociadas, y el modo en que esto puede contribuir a su dificultad para comprender los estados emocionales de un otro. Esto no ocurre cuando el material es no-emocional, por lo que parece factible que los déficits del autista no sean secundarios a un déficit cognitivo, especialmente en vista a que se lleva a cabo un exhaustivo control de variables extrañas como pueda ser, por ejemplo, la dificultad de las diferentes tareas. Así, se comprueba que estos niños pueden dar preferencia a partes de la cara que no son tan relevantes para NN y NR, y que son inconsistentes en la clasificación de caras en función de la expresión facial si se les indica que procedan así: se observa, por ej., que los NA pequeños prefieren centrarse en el área de la boca, lo que puede conducir a una tasa de error algo más mayor, al no ser igual de informativa la parte inferior y superior de la cara para las diferentes expresiones emocionales. Sin embargo, parece ser que los NA mayores tratan la cara humana como un patrón

